

viva impresión que la hermosura de la naturaleza le causaba y sobre todo por su amor acendrado y puro á la poesía. Dechado de todas estas excelencias es la *Despedida á las musas* que insertamos en nuestra colección. Yo me inclino á creer que hay mucho de nuevo, de ejemplar y hasta de inaudito en la lírica española en los atildados, sentidos, bellisimos y sonoros versos de la mencionada dulce y melancólica elegía.

¡Cómo extrañar que Moratín, cuya crítica precede á la inspiración y la ilumina, reconozca y celebre su propio mérito, no con tanta soberbia, pero no con menos claro convencimiento que su maestro Horacio! Nada dice Moratín que se parezca al

Sublime feriam sidera vertice,

ó bien al

Exegi monumentum aere perennius,

pero nos muestra con noble y fundado orgullo, al devolvérselas á las musas, la sonante lira, las flautas de oro y la corona adorno de su frente, corona, lauro y demás espléndidos dones que la posteridad no ha separado de sus obras ni separará nunca.

Don Juan Bautista Arriaza

nació en Madrid el 27 de Febrero de 1770. Sirvió primero en la Marina de guerra, fué diplomático más tarde, siendo Secretario de nuestra Legación en Londres, y abandonada por último

la diplomacia, pasó en la Corte el resto de su vida, muy querido y favorecido del Rey Fernando VII.

Murió Arriaza en Madrid en 1837.

Las prendas poéticas de este autor han sido estimadas y juzgadas, con imparcialidad y tino, por el célebre Fernando Wolf, por el Marqués de Valmar, por el Padre Blanco García, y sobre todo, por D. Antonio Alcalá Galiano. Nada tenemos que añadir á lo que dicen estos críticos. Basta remitir al lector á lo que ellos dicen ó repetirlo en resumen.

Hombre de escasa instrucción y ligero además, y poco reflexivo, no pudo Arriaza llegar nunca á la poesía elevada y trascendental, porque ni los estudios ni la ciencia fomentaban su inspiración, y porque carecía del hondo sentimiento y del amor que la contemplación de la naturaleza produce en ciertas almas, ni la suya tenía tampoco la virtud poderosa de reconcentrarse en sí misma, extrayendo de sus abismos bellezas ideales.

Era Arriaza poeta descuidado en la forma, llegando á veces hasta el desaliño. Su fantasía, escasa; su sensibilidad casi ninguna. Fué, no obstante, poeta muy aplaudido y admirado en su tiempo, mereció serlo, y todavía se leen con deleite no pocas de sus composiciones. Débese esto á la rara facilidad, á la gracia y á la agudeza de su ingenio y de su estilo.

Con menos saber que Vargas Ponce se le parece bastante por otras cualidades, superándole en todas ellas, y sobre todo, en lo natural

y espontáneo. Bien podemos calificarle de improvisador y versificador muy diestro, fecundo en epigramáticos chistes.

Nunca fué grande su entusiasmo, ni por ideas, ni por personas, y, sin embargo, su patriotismo y su odio á la dominación extranjera, hicieron de él el más popular de los poetas que cantaron las hazañas y las glorias de España durante la guerra de la Independencia, pues si los versos de Quintana y de Gallego, son de más alto precio y de mucho mejor ley, no se ha de negar que estaban menos al nivel del público de entonces, y que fueron harto menos leídos y celebrados.

Acérrimo contrario del liberalismo y de los liberales, bien puede calificarse á Arriaza de poeta de la Corte del Rey absoluto, á par que de poeta de la sociedad elegante y de las tertulias de entonces.

Sus lisonjas palaciegas no puede decirse, con todo, que fuesen nacidas del interés, sino de la gratitud y también de que sentía y pensaba lo que decía, acaso sin darse mucha cuenta de ello y por impremeditado impulso.

En prueba de tal impremeditación, y de que el numen que le agitaba y le habilitaba para ser poeta repentista, podía moverle á veces á expresar en verso lo contrario de lo que en prosa y habitualmente le parecía bien, se cuenta un caso gracioso que me decido á referir aquí en breves palabras.

En un convite que varios amigos del Sr. Onís

le dieron para solemnizar su ida á Nápoles, como representante de España, cuando acababa de triunfar el partido constitucional, gracias al general Riego, Arriaza improvisó ó compuso y leyó unos versos muy bonitos, ensalzando mucho el liberalismo, y afirmando que Onís iba á llevar la revolución y la libertad al Reino de las dos Sicilias :

Á Partenope, que aun gime
Entre floridas cadenas,
Y aun la adulan sus sirenas
Con cantos de esclavitud.
Tú entre ellas nuncio sublime
Serás, y español Tirteo,
Que las alce al alto empleo
De cantar patria y virtud.

Y fué lo más curioso que el Gobierno napolitano, á cuya noticia llegaron los tales versos, se alarmó mucho, no quiso que el Sr. Onís fuese por allí á alborotarle á las sirenas y á convertirlas en revolucionarias, y repugnó recibir enviado tan demagogo. El Sr. Onís tuvo que detenerse en Roma. Entre tanto, sin que el señor Onís interviniese en ello para nada, hubo revolución en Nápoles, y la revolución salió vencedora. Entonces el Sr. Onís pudo entrar triunfante en aquella gran ciudad, como si él hubiera roto *sus floridas cadenas*, y Arriaza pasó durante algún tiempo, y muy á su despecho, por un fatídico y ominoso jacobino. Alcalá Galiano pondera los grandes apuros que causó á Arriaza este suceso con la reputación, tan equivocada, como momentánea, que de liberal hubo de darle.

No fué Arriaza quien escribió, alguien, á modo de demonio ó de genio escondido en su seno, fué quien le dictó aquellas lindas coplas liberalescas. Arriaza, hablando por sí, sin genio ó sin demonio que le extraviase, fué siempre un *realista* puro y neto, aunque sus versos *realistas* nunca ó casi nunca se igualaron en méritos á los ya citados, tan inconscientemente revolucionarios.

De todos modos, no fué en los versos políticos, sino en los amorosos, ó si se quiere en los de fina galantería, donde acertó Arriaza á poner las más frescas y lozanas flores de su ingenio, aunque siempre con poca pasión y con más discreteos que ternuras.

Tal vez lo más apasionado, fervoroso y enérgico, en el estro de este poeta, procede de su amor á la independencia española, y luce en sus composiciones patrióticas y guerreras, como son la elegía *El dos de Mayo*, la *Profesía del Pireneo* y el *Himno de la Victoria*, que en nuestra colección insertamos.

Arriaza fué individuo de las Reales Academias Española y Nobles Artes.

Don Manuel José Quintana nació en Madrid el 11 de Abril de 1772 y murió en esta misma capital el 11 de Marzo de 1857.

No es posible ni nos incumbe referir aquí su larga y gloriosa vida. D. Antonio Ferrer del Rio, el Marqués de Valmar, D. Manuel Cañete

y otros escritores de nota lo han hecho ya detenida y discretamente. Nosotros mismos, en el primer tomo de esta obra, hemos tratado de Quintana y hemos procurado ensalzarle como merece, calificándole de gran poeta, calificación que no somos pródigos en conceder, y cuya importancia estimamos sobre manera.

Su poderoso estro, la grandilocuencia y brio de su dicción y el buen gusto y la severa crítica de que su inspiración lírica iba siempre precedida ó acompañada, contribuyeron á dar á Quintana el laurel de oro con que sus contemporáneos le coronaron hacia el fin de su vida en 25 de Marzo de 1855, laurel que la posteridad conserva inmarcesible y luminoso, adornando la efígie y ensalzando la memoria del egregio vate. Pero más que de las prendas, en cierto modo técnicas de que hemos hablado, nacieron su grandeza y su gloria, del entusiasmo generoso y fecundo que encendió en su corazón el amor de la libertad, de la patria y del progreso del humano linaje.

Aunque ya lo hemos dicho no podemos menos de repetir aquí que ese entusiasmo puso en la lira de Quintana cuerdas inauditas, ó si se quiere jamás oídas desde los tiempos de la antigua Grecia. Los que acusan sus cantos de monotonía, los que dicen que el profundo sentimiento de la naturaleza le faltaba y que le conmovía poco la contemplación del universo visible y menos aun los amorosos afectos que Dios y sus predilectas criaturas infunden en las almas,

tal vez no carecen de razón para esta censura; pero bien podemos contestarles que aunque no fueran más que dos las cuerdas de la lira de Quintana, poseían novedad sublime, y los tonos vibrantes que arrancaba de ellas el plectro del poeta estaban dotados de inmortal y maravillosa resonancia.

Bien puede alegarse además que, aún suponiendo que el alma de Quintana fué capaz de inspirarse en otros diferentes y altos objetos y sentir pasiones y emociones muy otras que las del patriotismo y del liberalismo, la agitadísima época en que vivió y la parte tan activa y tan principal que durante su mocedad, tomó en los más trascendentales y grandes sucesos políticos, no le dejaron vagar ni reposo para consagrarse á la contemplación de la hermosura de los cielos y de la tierra, para tener arrobos místicos y menos aun para abrir las puertas de su corazón á devaneos y amores petrarquistas.

Quintana, en prosa como en verso fué siempre, y no pudo menos de ser dados su carácter y el ambiente que respiraba, el político, el liberal, el progresista y el patriota. Oficial primero, secretario ó como queramos llamarle de la Junta central y redactor asimismo del *Semanario patriótico*, animó al pueblo en la guerra de la Independencia y exaltó su denuedo y furor contra los invasores franceses. Las elocuentes proclamas de entonces, los manifiestos y los decretos estaban escritos ó dictados por él; tal vez exaltaban más los ánimos que sus magníficas odas y tal vez eran

obras no menos elocuentes y sentidas. Sean muestra de este sentimiento y de esta elocuencia las siguientes hermosas frases: «Vale más espirar gloriosamente por las orillas paternas del Tajo ó del Ebro, que irse á fenecer, hecho un esclavo, por las márgenes heladas del Vistula y del Niemen, como instrumento vil de la frenética ambición de un infame advenedizo.»

Se diría que Quintana al expresarse así, dió idea, asunto y plan á Leopardi para su admirable canto á Italia. También, al notar que los italianos combaten por Bonaparte en el norte de Europa, exclama aquel sublime lírico:

*Oh misero colui che in guerra è spento,
Non per li patrii lidi e per la pia
Consorte e i figli cari,
Ma da nemici altrui
Per altra gente, e non può dir morendo:
Alma terra natia,
La vita che mi desti ecco ti rendo.*

Con lo cual, impulsado el poeta por su imaginación y por su sentimiento, se lanza en raudito vuelo contra la corriente de los siglos, y advina y reconstruye el hermoso himno de Simónides á los trescientos esparciatas que muriendo en las Termópilas se sustrajeron á la muerte.

No son inferiores en majestad y grandeza las dos odas de Quintana que insertamos *A España después de la revolución de Marzo* y *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*. Lo que del canto de Leopardi las distingue

es que no son desesperadas, sino belicosas y ricas de fe en el triunfo definitivo.

En las otras odas de Quintana, más que el patriotismo prestan poderoso vigor al estro ideas y sentimientos, quizás venidos de tierras extrañas, quizás nacidos y difundidos á la vez por toda Europa en el último tercio del siglo XVIII, si bien más propios de Francia, de donde parecían como importados, porque allí tomaron forma popular y más celebrada en los escritos, y porque allí se transformaron en hechos, terribles á par que grandiosos. Estos elementos de la inspiración de Quintana, exóticos en la apariencia al menos, dan gallarda nuestra de sí en las composiciones *A la invención de la imprenta*, en *El Panteón del Escorial* y en no pocas otras donde la mente de Quintana se encumbra también á la más alta poesía. No negaremos, con todo, que aun prescindiendo de doctrinas y opiniones, expresadas allí en discordancia con las de muchos españoles de entonces y aun de ahora, el poeta se deja llevar y se hace eco de injustas acusaciones contra nuestra nación. Algo deslustra asimismo la belleza y la sublimidad de las susodichas composiciones, cierto sentimentalismo amanerado muy de moda en aquellos días. Sin duda la tal moda, había sido inventada y propagada por Rousseau y contenía ya el germen y el fermento del romanticismo en una de sus fases, maldiciente, quejumbrosa y empalagosa como ninguna.

El buen gusto de Quintana y su recto y sano

juicio, no consintieron que cayese con frecuencia en el defecto á que aludo, defecto en que solía caer D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, menoscabando ó torciendo así la energía del estro que le impulsaba. Tenía este defecto algo que inducía y excitaba á ser antisocial: á suponer que la civilización había pervertido y viciado la naturaleza humana, buena de suyo, y que el mejor estado del hombre, el más moral y el más puro, era el estado salvaje. Por eso, sin duda, exclama Quintana:

«¡Virgen del mundo! ¡América inocente!»

saludando á la patria de los americanos precolombinos, en quienes supone que nuestra infernal codicia y nuestro espantoso fanatismo hicieron tantos estragos.

Fuera de este extravío, que en Quintana se nota poco y del que era difícil salir exento á fines del siglo XVIII y principios del XIX, no acierto yo á ver en Quintana sino excelencias dignas de todo elogio. Y no se señaló sólo como inspirado poeta y como escritor político en los documentos oficiales y en sus *Cartas á Lord Holland*, sino que brilló también como elocuente historiador y como juicioso crítico literario, salvando á menudo con la agudeza y penetración de su entendimiento los estrechos límites en que encerraban los preceptistas á los que cuando él escribió escribían de literatura.

Su colección de poesías selectas dan claro testimonio de su mérito en este punto y valieron,

durante no pocos años, para hacer conocer y estimar á la generalidad de las gentes que no se dedican á detenidos y especiales estudios, lo más acendrado y bello de nuestro tesoro poético castizo.

Como historiador, elocuente, imparcial y juicioso, aunque menos investigador de documentos de lo que hoy se estila y se requiere, Quintana es digno de aplauso por sus vidas del Cid, de Roger de Lauria, de Guzman el Bueno, del Gran Capitán, de D. Alvaro de Luna y de otros ilustres varones.

Don Juan Nicasio Gallego nació en Zamora el 14 de Diciembre de 1777. Murió en Madrid el 9 de Enero de 1853.

Don Ventura de la Vega y D. Eugenio de Ochoa han escrito su vida y han ensalzado con entusiasmo sus obras poéticas.

No son éstas muchas; pero así por la perfección de la forma como por la elegancia y fuerza del estilo, merecen las mayores alabanzas. Acaso no haya quien, escribiendo versos en lengua castellana, aventaje á Gallego en primor artístico, en firme y poderosa sobriedad de dicción y en brío de fantasía para pintar con viveza y enriquecer con animadas imágenes los nobles afectos y las varoniles pasiones del alma.

De Gallego puede también decirse como de Quintana, que su lira apenas tenía más de dos cuerdas, pero dotadas ambas de mágica y ex-

traordinaria resonancia. Hacían vibrar una de estas cuerdas el amor de la patria, y la otra, menester es decirlo, aunque parezca opuesto al estado y profesión del poeta, el vehemente amor á las mujeres y la admiración entusiasta de su hermosura, de sus gracias y de sus hechizos. Y lejos de ser exclusivos, como lo's de Petrarca por Laura, este amor y esta admiración se difundían arrebatada y gallardamente sobre varios hermosos y adorables objetos. Lesbia, Corina, Glicera, Pradina, Celmira y algunas otras damas fueron celebradas y cantadas por Gallego con estro tan fervoroso y punzante que no puede suponerse nacido de la mera galantería, sino de más hondos y vivos sentimientos. Ni las pinturas ó retratos que el poeta nos presenta de las deidades á quien rinde culto nos dejan en libertad de fingirnos que fuesen seres imaginarios, creados adrede para servir de asunto y de motivo á canciones, elegías, odas y sonetos. Bien se ve que las damas, objeto del culto amoroso del poeta, lejos de ser fantásticas, son de verdad y alientan y viven y se nos aparecen con plena realidad, ya encendiendo el corazón del poeta en las llamas del deseo, ya afligiéndole con desdenes, ya entristeciéndole con la ausencia, ya colmándole de dicha con los más regalados favores.

Concedamos que en prosa el espíritu de Gallego era en todo conforme con la verdad católica y con la moral cristiana; pero en verso volaba dicho espíritu contra la corriente de

los siglos y vivía con fruición y á sus anchas en los tiempos de la gentilidad greco-romana. Los pocos versos piadosos que Gallego ha escrito, como por ejemplo, *La última cena*, son los más flojos y menos inspirados de todos los suyos. Y es tan grande y tan invencible su afición á lo mitológico, que en una plegaria que dirige á la madre de Dios para que acuda y saque con bien á la Reina María Cristina en el trance de su primer parto, llama *Sacra Lucina* á la Santísima Virgen.

Sus alabanzas y preces al Amor y á Venus son tan sentidas, que no parecen figuras alegóricas los seres á quien se dirigen, sino númenes verdaderos y reales. Y no son estos númenes como los imaginó Petrarca, cuando al Amor

..... nudo in Grecia, nudo in Roma,
D'un velo candidissimo adornando,
Rendea nel grembo á venere celeste.

La Venus de Gallego, más que á la de Petrarca, se parece á la de Lucrecio.

Al verlas se disipan,
Huyendo por los aires,
Las nubes procelosas,
Las negras tempestades,

donde, así como en otros versos de la misma composición, se advierte que el poeta recordaba é imitaba la invocación á la diosa en el poema *De rerum natura*:

*Te dea, te fugiunt venti te nubila cæli
Adventumque tuum: tibi suaveis dædala tellus
Summittit flores, tibi rident æquora ponti,
Placatumque nitet diffuso lumine cælum.*

Y lejos de envolver á la diosa en nubes ó cenadales, el poeta la hace aparecer en limpia desnudez ante el coro de los dioses del Olimpo, que contemplan extáticos y maravillados la hermosura

Del pecho alabastrino,
Del delicado talle.

El apasionado aplauso de los dioses ruboriza entonces á Venus. Así nos explica el poeta cómo nace el pudor; pudor amable y un poquito profano, que tal vez pueda confundirse con la complacencia, el gusto y la satisfacción del divino amor propio al verse Venus tan admirada; pudor que, lejos de entibiar el fuego de la pasión amorosa, la exalta y presta mayores atractivos, embeleso y gracia á la beldad cuyas frescas mejillas colora.

Cualquiera otro poeta, en las condiciones de Gallego, y discurriendo sobre asuntos tan resbaladizos, tal vez daría ocasión al escándalo, tal vez despertaría en el ánimo del lector ó del oyente ideas y sentimientos sobrado sensuales, ya repugnantes, ya groseros; pero la elegante y decorosa mesura y la pulcra maestría con que Gallego lo expresa y lo cuenta todo disipan las impurezas que pudieran notarse en lo contado, como si á pesar de la realidad y de la solidez

10508

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. - 1751A

"ALFONSO RAYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

plástica de las figuras del cuento, ocurriese lo contado en regiones etéreas y fantásticas, donde no tienen jurisdicción los preceptos y las leyes que en la vida prosaica y ordinaria prevalecen y sirven de norma. Léase la composición titulada *La dulce venganza* y dígame después si no tengo razón en sentir lo que siento y en expresarlo aquí con franqueza.

La franqueza también y la sinceridad de Gallego son muy de aplaudir y una de las causas del deleite con que sus versos se leen. Fuera de aquellos versos, hechos de encargo ó por compromiso, nadie es más verídico y sincero. Gallego no finge, siempre dice lo que siente y no inventa sutilezas y sentimientos alambicados para darse tono de ente extraño y de los que no se usan.

En la otra más resonante cuerda de su lira, no ya erótica, sino belicosa y tremenda, Gallego se eleva más aún en nuestro concepto. La mencionada sinceridad autoriza y corrobora cuanto dice, transmitiendo íntegro el vigoroso entusiasmo de su alma á quien sabe leer y comprender lo bien sentido y mejor expresado. Por eso son tan celebradas sus composiciones patrióticas, y singularmente la elegía al *Dos de Mayo* y su oda *Á la influencia del entusiasmo en las artes*.

De las filosofías filantrópicas de Quintana, de su progresismo y de su liberalismo, no hay ó apenas hay indicio en los versos de Gallego. Erato compensa generosamente esta falta con favores que negó, ó por lo menos escatimó al

cantor del panteón del Escorial y de la invención de la imprenta.

No quiero yo decir, sin embargo, que no fuese liberal Gallego, sino que sólo lo fué en prosa y moderadamente.

La moderación no le valió con todo para dejar de ser perseguido cuando Fernando VII fué restaurado en el trono de sus mayores.

No le perdonó el partido absolutista su reposado liberalismo como diputado en las Cortes de 1810. Como Martínez de la Rosa, Sánchez Barbero y no pocos otros, se vió ultrajado y castigado. Su ardor patriótico le costó largos años de encierro, ya en conventos, ya en prisiones, desde 1814 á 1820, y le costó despojo y emigración desde 1824 á 1828.

Posteriormente fué Gallego muy atendido y considerado. La juventud literaria acudía á consultarle como al guía más seguro y como al más venerado maestro. La sociedad aristocrática y elegante de Madrid se complacía en mirarle como uno de sus más brillantes ornatos. Sus agudezas y sus chistes se encomiaban y se repetían por todas partes, con no menos aplauso que los en otro tiempo atribuidos á Quevedo.

Como quiera que ello fuese, y aunque Gallego distase bastante de ser un varón evangélico, lícito es asegurar que fué buen ciudadano, leal y constante amigo y hombre bondadoso y afabilísimo en su ameno trato.

Perteneció á la Real Academia de Nobles Artes. La Real Academia Española se honró

eligiéndole y teniéndole por su secretario perpetuo.

Don Dionisio Solís fué un amable y modestísimo poeta, cuya vida y elogio ha escrito D. Juan Eugenio Hartzenbuch con sencillo estilo y piadoso afecto.

Solís, cuyos verdaderos apellidos eran Villanueva y Ochoa, nació en la ciudad de Córdoba, en el año de 1774.

Con relación á su talento y á su saber, adquirido sin maestros, por constante aplicación y desinteresado amor á las letras, su vida fué oscura, así como fué pobre y humilde el estado en que la avara fortuna le mantuvo hasta el día de su muerte en Madrid por el mes de Agosto de 1834.

Su más alto empleo fué el de apuntador en el teatro de la Cruz.

Aunque hombre pacífico y juicioso, y á pesar de la ninguna importancia de su posición, su ardiente patriotismo, que le llevó á tomar las armas y á combatir en Ucles por la independencia de España, y sus ideas liberales, moderada y candorosamente manifestadas, no dejaron de acarrearle disgustos, destierros y persecuciones por parte del Gobierno del Rey absoluto.

Fué Solís persona de muy afable trato, y tan entendido en el arte de la declamación, que el célebre Isidoro Máiquez oía á veces y estimaba mucho sus advertencias y consejos.

Solís estuvo casado con la apreciable actriz María Ribera.

Como autor dramático, fué laborioso y fecundo, señalándose en traducciones y arreglos de dramas ingleses, alemanes, franceses é italianos, aunque bien se puede asegurar que sólo tradujo de las lenguas francesa é italiana y no de las otras.

Cualquiera que sea la opinión que tengamos sobre la necesidad ó conveniencia de la refundición de comedias de nuestro teatro del siglo XVII, no se ha de negar que, durante el primer tercio del siglo XIX, en que prevalecía el pseudo-clasicismo francés, las más hermosas joyas de nuestros dramaturgos castizos se hubieran arrumbado y olvidado sin aparecer en la escena, á no haber alguien que piadosa, hábil y discretamente las ajustase al gusto moderno y á las reglas de moda. Esto supo hacer Solís, y por esto merece honrosa conmemoración y no corto aplauso. Por él revivieron en la escena y fueron gustadas y aplaudidas *La villana de Vallecas*, *La celosa de si misma*, *García del Castañar*, *El rico hombre de Alcalá*, *El Alcalde de Zalamea*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano y por el torno*, *El escondido y la tapada* y otras muchas obras, que refundió con tino, imitando primorosa y diestramente el estilo y el lenguaje de los antiguos autores.

Compuso también Solís tragedias y comedias originales á las que Hartzenbuch atribuye no escaso mérito. *Tello de Neira* y *Blanca de Borbón*, fueron las tragedias. Fueron las comedias *La*

pupila y *Las literatas*. Ni tragedias ni comedias originales llegaron á representarse nunca.

La más celebrada y hasta admirada labor dramática de Solís, fué su traducción en verso del *Orestes* de Alfieri.

Como lírico es Solís un poeta fácil, espontáneo y agradable. Sujetándose al gusto de su tiempo, sigue á Meléndez y á Metastasio en sus composiciones idílicas y amorosas, pero en las más de ellas resalta y prevalece algo de popular y de castizo, que recuerda la lozanía y la franca ingenuidad de los mejores romances y letrillas del siglo xvii. Graciosa muestra de ello es *La pregunta de la niña*, que en este FLORILEGIO insertamos.

Don Bartolomé José Gallardo es famoso como escritor en prosa, satirico mordaz, y muy castizo aunque algo afectado estilista, tomando los giros y las frases que emplea más que de la propia inspiración de buenos y antiguos libros castellanos.

Sin duda su principal mérito y su mayor importancia estriban en su aptitud y en sus trabajos de bibliófilo.

En la época en que vivió Gallardo eran los mencionados trabajos más útiles, más convenientes y también más admirados que ahora por las personas entendidas.

Sobre la decadencia y la corrupción de nuestras letras y la general ignorancia y el descuido del vulgo, había venido el florecimiento del reina-

do de Carlos III, desdeñándose no poco los tesoros del propio ingenio y sometiéndose más de lo justo los que escribían á reglas y preceptos extranjeros que menospreciaban muchas de nuestras producciones literarias indígenas, como desarregladas y faltas de critica, de medida y de buen gusto.

No pocos libros españoles yacian olvidados y arrumbados. No pocos eran ya raros. Apenas se leían, apenas se conocían por el título ó por el forro. La bibliografía tomó pues cierto carácter de ciencia oculta, para la que había iniciación y misterio. Gallardo fué su principal hierofante. Más tarde le siguieron y rivalizaron con él D. Serafín Estébanez Calderón y D. Pascual Gayangos, aunque bueno y justo es añadir que Gayangos alcanzó saber más vasto y completo y Estébanez Calderón fué harto más ingenioso y original en cuanto nos dejó escrito.

El criterio estético de Gallardo fué también menos elevado que el de sus dos rivales, y tuvo mayor dosis de aquella falibilidad que aqueja á menudo á los que fervorosamente se dedican á buscar rarezas y curiosidades literarias. Suelen tomar éstos lo inédito, lo desconocido, aquello de que acaso no existe ya sino un solo ejemplar que ellos poseen, por una maravilla, por un portento, por acendrado oro de Tíbar que vuelve á enriquecer el tesoro intelectual de la patria. Los profanos hallamos luego, que tal oro de Tíbar no es oro sino alquimia y ocurre el natural y consiguiente desengaño.

De todos modos no puede negarse que fué utilísima, digámoslo así, la misión de Gallardo. Se diría que por él, por Gayangos y por Estébanez Calderón se ha conservado íntegra, sin que un solo eslabón se quebrante ó se rompa la áurea cadena de nuestra nacional literatura; se ha hecho más fácil escribir su historia y han hallado los que la han escrito ricos y abundantes materiales para escribirla y estímulo y ejemplo para dedicarse á tan importante tarea.

Nació Gallardo en Campanario, provincia de Badajoz, el 13 de Agosto de 1776. Estudió filosofía en Salamanca. Durante la guerra de la Independencia, siguió al partido nacional contra los invasores franceses. Habiéndose señalado por sus ideas liberales y librepensadoras fué perseguido, como muchos otros ingenios por el nada suave y agradecido gobierno del rey absoluto. A lo que parece sus preciosos apuntes, libros y papeles, fueron destrozados por la ira popular de los serviles, quemados ó arrojados al río, en el terrible día de San Antonio, 13 de Junio de 1823. Con tenaz perseverancia rehizo más tarde Gallardo gran parte de la labor entonces perdida, labor de que puede ya gozar y aprovecharse el público merced á la publicación del *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*, ordenada y dirigida por D. Manuel Zarco del Valle, D. J. Sancho Rayon y don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Los apuntes de Gallardo, que han servido para componer la precitada obra en cuatro gran-

des volúmenes, presuponen la adquisición y posesión de gran multitud de libros, preciosos los más de ellos por su rareza. A fin de hallar estos libros y de poseerlos, Gallardo, así como Gayangos y Estébanez Calderón, solían hacer pasmosos esfuerzos y no pequeños sacrificios. La vanidad y el amor propio de coleccionistas los estimulaban en aquella obra. La emulación no producía solo el buen efecto de prestarles actividad rebuscadora sino que á veces les picaba las almas y aun se las encendía en ira y enojo, moviéndolos á maltratarse unos á otros, con chistes y hasta con insultos, alambicados y castizos al gusto del siglo XVII ya en prosa ya en verso.

Sirva de ejemplo el siguiente descomulgado soneto que D. Serafín Estébanez Calderón compuso contra Gallardo; soneto cuyas injurias harto claro se ve que no deben tomarse por lo serio sino como pura broma que por ser tan graciosa no debe calificarse de pesada y el mismo Gallardo la reiría. El soneto dice:

Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
Tenaza de los libros, cauzo, púa;
De papeles, aparte lo ganzúa,
Hurón, carcoma, polilleja, rata.

Uñilargo, guardaño, garrapata;
Para sacar los libros, cábría, grúa,
Argel de bibliotecas, gran falúa
Armada en corso, haciendo cala y cata.

Empapas un archivo en la bragueta,
Un Simancas te cabe en el bolsillo,
Te pones por corbata una maleta,

Juegas del dos, del cinco y por tresillo,
Y al fin te beberás como una sopa,
Llenas de libros, África y Europa.

Además de su valer como bibliógrafo, son muy de estimar por su agudeza, primor de estilo y lenguaje, desenfado y sal abundante aunque no siempre ática, algunos escritos en prosa de Gallardo, especialmente el *Diccionario crítico burlesco* y el gracioso folleto titulado *Zapatazo á zapatilla*, contra el falso *Buscapié* tan diestramente inventado por el ilustre gaditano y fecundo polígrafo D. Adolfo de Castro.

Como poeta menester es confesar que Gallardo carece de elevada inspiración, de fervorosos sentimientos y de viva fe en cosa alguna; pero su dichosa afición á nuestros poetas de principios del siglo xvii suplió su falta de estro. Con envidiable habilidad y fiel, aunque no servilmente, logró á veces imitarlos, produciendo letrillas y romances lindísimos, entre los que sobresale *Blanca Flor* que en este FLORILEGIO insertamos.

Dichas composiciones poéticas, saltando por cima de las de Cadalso, de Meléndez y de la nueva escuela sevillana, valieron para soldar con mayor firmeza la antigua poesía española con la más reciente y para preparar el elemento más nacional y más propio que entró en la formación de nuestro romanticismo futuro.

Gallardo murió en Alcoy en Septiembre de 1852.

Don Juan María Maury elegante é ingenioso poeta y culto y erudito literato, ha dado asunto á varias páginas del tomo I de este FLORILEGIO (desde la 66 hasta la 75). Poco tenemos que añadir ahora remitiendo al lector á lo allí dicho.

Nació Maury en Málaga, en el año de 1772, hijo de un rico comerciante. Fué educado en Francia y en Inglaterra; viajó por Italia y por otros países de Europa y vivió muchos años en París, donde murió á los setenta y tres de su edad, el día 2 de Octubre de 1845:

Han escrito su vida y han estudiado, analizado y juzgado sus obras, D. Eugenio de Ochoa, D. Juan Nicasio Gallego, el Marqués de Valmar y el Padre Blanco García.

Este último, movido tal vez por su sentimiento religioso que cree ver y que condena en Maury al libre pensador, se muestra algo severo con él cuando como poeta original le juzga. El Padre Blanco García, sin embargo, no puede menos de celebrar el saber de Maury, su pasmosa habilidad como versificador y la singular maestría con que maneja el habla castellana procurando darle en sus versos enérgica concisión y fuerza descriptiva. Reconoce también el mérito de Maury como iniciador del romanticismo en España y como libertador de los ingenios, derogando las arbitrarias leyes con que el seudoclasicismo los sujetaba y añadiendo luego:

Abre tu libro eterno, alta maestra,
Naturaleza; sírveme de guía,
Dejándome sus páginas hermosas
Libre leer de intérpretes y glosas.

Pero donde el Padre Blanco García se extrema más en alabanza de Maury, sin distingos ya ni restricciones, es en el valer de la *Espagne poetique*, «antología sin precedente y que casi por primera vez demostraba á nuestros desdeñosos vecinos las riquezas del parnaso español.» Y luego añade el Padre: «Los grandes poetas de nuestro siglo de oro tuvieron en Maury un intérprete muy libre, pero elegantísimo, que procuró conservar en la traducción toda la energía y todas las excelencias del original, mereciendo por su pericia en el manejo de la versificación francesa los elogios del *Journal des Debats* y de algunas revistas literarias.»

Don José Somoza fue un filósofo práctico lleno de sencilla y espontánea originalidad. Se diría que las mejores ideas y los más nobles sentimientos del siglo XVIII habían penetrado y tomado asiento en su alma, filtrándose antes para purificarse y desechar toda violencia revolucionaria y todo antireligioso prurito. Su amor á la paz, su pura y nada fingida filantropía, su absoluta carencia de ambición y de codicia y la afectuosa complacencia con que vivía en la soledad y se deleiteaba admirando la natural hermosura de las cosas, hubieran debido hacer

de él un egregio poeta si hubiera desdeñado menos la fama y si hubiera cultivado con mayor perseverancia y ahinco sus propias facultades.

En algunas breves narraciones en prosa, que nos ha dejado y donde habla de sí con la sinceridad más clara y más evidente, se ve mejor que en sus versos, desaliñados á veces, lo mucho que Somoza valia. Bien lo reconoce Quintana, grande amigo suyo y de su familia, al decir de él cuando le dedica el cuarto tomo de sus *poesias selectas*. «Hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reúne al corazón más afectuoso y sensible la razón más fuerte y despejada: que cultiva las Musas y la filosofía con ardor y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplación pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaría, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.»

Este hidalgo campesino, contemplativo y pacífico de quien tales elogios hace Quintana, fué en su niñez y en su primera mocedad muy travieso y alborotado. Después se modificó y corrigió hasta el punto de poder competir por lo bondadoso con el caballero del verde gabán tal como Cervantes le describe.